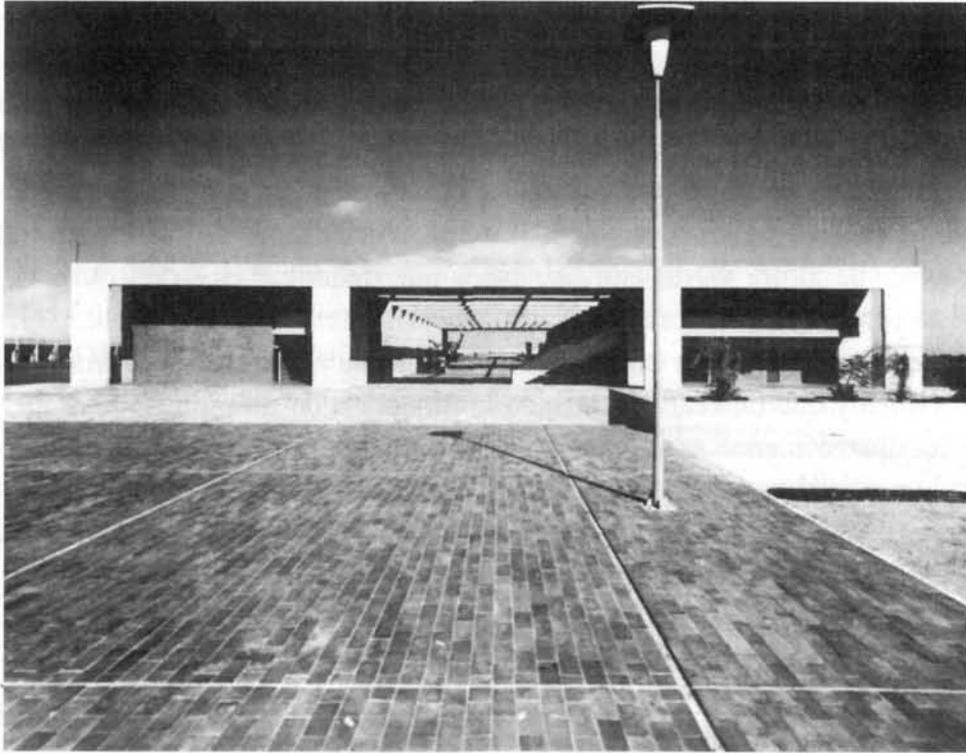


a los destruidos por el terremoto, por ejemplo— se tenían que proyectar como pastiches, con reglas infantiles. Las autorizaciones de mis proyectos llevaron tanto tiempo como el que empleamos en su realización. Tengo que decir que esto ha cambiado de 1991 a la fecha, con la actual administración. El primer encargo (1986-1989), que realicé con Zabludovsky, fue una extensión de las oficinas centrales del Banco Nacional (el más antiguo del país). Las oficinas ocupan un elegante palacio del XVIII, obra de Francisco Guerrero y Torres, tal vez el mejor arquitecto del fin del período colonial. El nuevo edificio hace un doble diálogo con el de Guerrero y Torres, con la forma y con el material: la fachada es de la misma altura y está compuesta de parteluces de concreto que aluden al ritmo y a la forma de las ventanas dieciochescas. El concreto es de color rojizo, mezclado con la misma piedra rojo sangre del palacio.

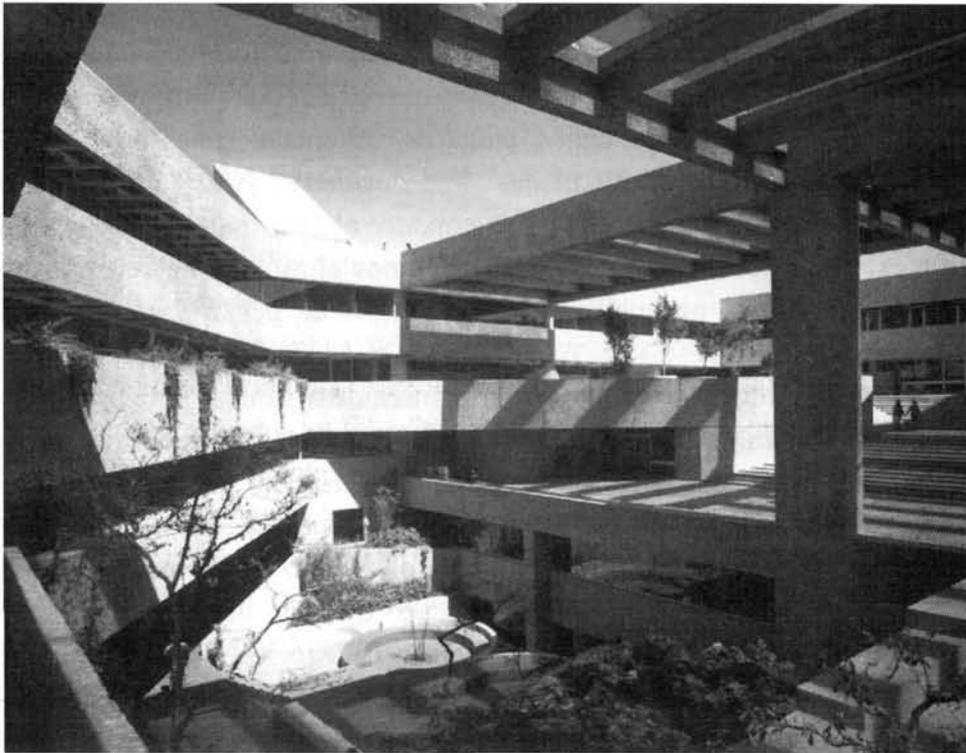
La otra intervención iniciada en 1990 fue la más polémica. Se trató de la remodelación de un antiguo convento para convertirlo en la sede de El Colegio Nacional, al que pertenezco y que es una institución similar al Colegio de Francia. El edificio estaba muy dañado y profundamente alterado y sobre todo, era muy sombrío. Hubo que hacer intervenciones drásticas para habilitar los espacios que requería la institución y para introducir más luz. Tenemos «necesidades» distintas de luz de las del siglo XIX. El mes pasado, El Colegio tomó posesión de esos viejos espacios renovados y bañados de luz.

Nuevas formas

Tengo que confesar que el trabajo de proyectar edificios ha sido siempre renovadamente difícil. Me persiguen las frases tristes que le escuché a Le Corbusier en pleno trabajo: «Vous savez, l'architecture est très difficile». Tal vez he adquirido con el tiempo algo que podría denominarse como mayor destreza, pero a la vez, he adquirido mayor consciencia que actúa como autocrítica que me frena. Copiarse a uno mismo es triste pero evitarlo es muy difícil. Sé que mi arquitectura ha cambiado, pero no ha sido un proceso consciente. Durante los años 89 y 90 tuve muchos encargos en los que comencé a percibir otras vías, otras formas. Hubo tres trabajos grandes: la remodelación del Auditorio Nacional —que hice con Zabludovsky—, en la que el sitio (la principal avenida de la capital) y la gigantesca estructura (150 metros de frente) exigieron una respuesta con formas monumentales, a las que les dimos tratamientos informales que las hacen amables: el pórtico está girado, no es frontal, y el vestíbulo es abierto, es como una plaza pública cubierta. Los otros dos proyectos son del



Escuela de Derecho.
Arq. Teodoro González
de León.
Foto: Brehme.



El Colegio de México.
Arqs. Teodoro González
de León y Abraham
Zabludovsky.
Foto: Julios Shulman.

año 90, los gané en concursos con Francisco Serrano y son promociones privadas para realizarse en varias etapas; su construcción continúa hasta la fecha. Uno de ellos es el edificio de oficinas de Hewlett Packard. Es una estructura baja, en escuadra, con dos muros triangulares que completan el rectángulo y crean un patio al frente. El otro no es un edificio, es un conjunto enorme de cinco edificios: dos torres en forma de marco de 160 metros de altura y tres edificios bajos que delimitan el espacio urbano. Está construido con concreto blanco cincelado.

Tengo otros trabajos más recientes en los que existe una búsqueda más personal y que tal vez han recibido la influencia de mi pintura: hará diez años que comencé a introducir en mis cuadros pegotes de formas con volumen real y, poco a poco, se han ido convirtiendo en ensamblajes de volúmenes, con distintos materiales y colores. Sin negar otras influencias externas (me entusiasman las corrientes que han renovado al espíritu de la modernidad y liquidado el pastiche postmoderno) creo que esos trabajos, que he guardado un poco en secreto, han influido en la concepción de mi arquitectura. Han surgido formas más ligeras y caladas que contrastan con volúmenes macizos. Además han aparecido más formas en cada composición. Parece que me dirijo al manejo, al ensamblaje —es la palabra— de formas y de volúmenes distintos. Si se observan mis obras anteriores, casi siempre son composiciones de un solo volumen modelado y cavado al cual se le practican huecos para entradas, patios o calles interiores.

El primer trabajo en que eso se revela es el proyecto del Museo del Niño que no resultó premiado en un concurso en el año 90. Son cuatro sólidos ensamblados que aparentan haber sido arrojados al azar. Le siguió el Museo de Sitio y la entrada al área arqueológica del Tajín, que es otro ensamblaje más complejo: cubos, cilindros, volúmenes cóncavos y convexos y formas inclinadas, articuladas alrededor de un patio y un corredor. El corredor tiene forma ascendente y conduce al área monumental que ha sido extensivamente restaurada en los últimos años. Nos ha revelado un mundo mágico de pirámides, palacios, juegos de pelota y una infinita variación de nichos.

Debo aclarar que este cambio en la manera de organizar el espacio, que ahora percibo con cierta claridad, era sólo una gran incertidumbre cuando proyectaba estos edificios. En particular, el edificio del Fondo de Cultura Económica y el nuevo Conservatorio Nacional fueron procesos muy angustiosos en su concepción. El edificio del Fondo de Cultura Económica, del cual la propia editorial ha publicado un bello libro⁶, está ubicado entre el Colegio de México y la Universidad Pedagógica, dos edificios que yo había diseñado quince años antes. Es un prisma de 40 metros, de altura que se desplanta sobre taludes y volúmenes triangulares para destacar

⁶ La idea y la obra. El edificio del Fondo de Cultura Económica, FCE y El Colegio Nacional, México, 1994, 105 p.

entre las dos masas de los edificios vecinos; tiene dos caras curvas y fachadas totalmente distintas. En la cara plana existen una concavidad que forma el espacio de entrada y un puente metálico que atraviesa el edificio en el último nivel. Confieso que todavía no me es muy claro el significado de ese elemento: sólo siento que es imprescindible y que cierra la composición y crea un pórtico a la entrada.

Creo que la obra de mayor complejidad formal que he realizado es la del Conservatorio Nacional en la nueva Ciudad de las Artes. Es un ensamblaje de cubos, cilindros, cañones, cuerpos curvos y taludes. A eso se agrega que por razones acústicas todas las salas de estudio tienen descuadres y desplomes en sus muros, que se acusan en la fachada del patio curvo —punto focal al que miran todos los locales—. Formas complejas que son como una metáfora de la acústica que gobierna todo el diseño. Esta construido en su totalidad con concreto blanco cincelado a mano. Esa técnica que vengo experimentando desde hace 30 años ha dado aquí, en un proyecto de alta complejidad formal, sus mejores resultados, utilizando mano de obra poco calificada; una fatalidad con la que tendremos que seguir trabajando por algún tiempo.

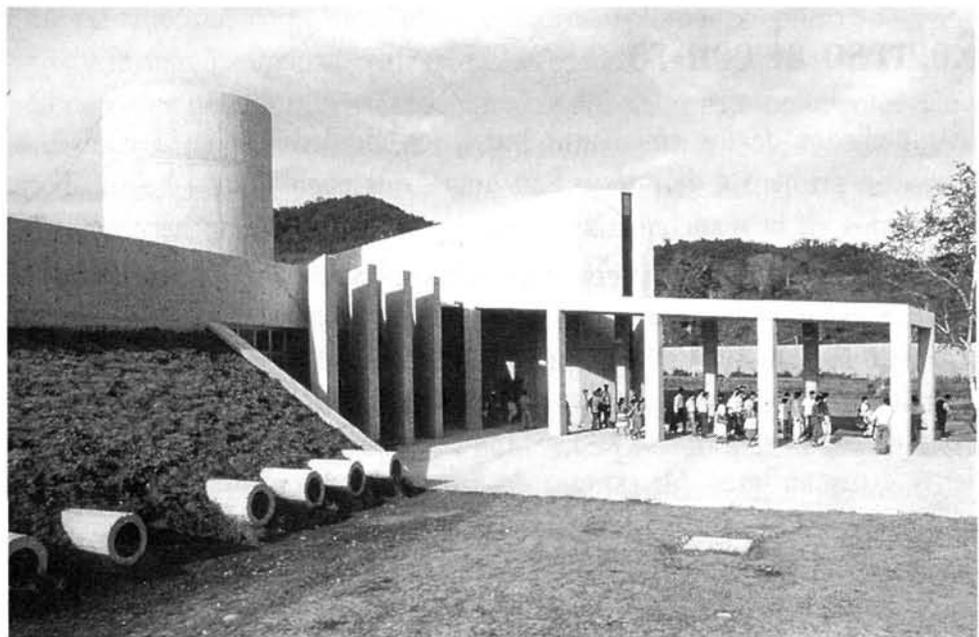
En contraste, y en forma simultánea, he tenido una experiencia radicalmente distinta de perfección, exactitud y alta tecnología en la realización de la Sala Mexicana en el Museo Británico de Londres. Un encargo que me ha llenado de orgullo y que fue financiado por un grupo de empresarios mexicanos. Se exhiben 180 piezas de ocho diferentes culturas que se desarrollaron antes del siglo XV. Es un ambiente pétreo que, con formas abstractas y colores violentos, alude al misterio de los antiguos mexicanos.

Regreso al centro

A mediados de los cincuentas hui a los alrededores de la ciudad, a Coyoacán primero y después a San Ángel, dos pueblos muy bellos ahora absorbidos en la mancha urbana. Allí viví 30 años. Desde hace ocho he vuelto al barrio en el que vivía cuando era estudiante: el Hipódromo-Condesa, que en aquellos años era la periferia. Se ha conservado bastante bien —a pesar de que fue duramente golpeado en el terremoto del 85—. No ha perdido su carácter de pequeñas construcciones *Art Déco* (vivo en una de 1929 que yo mismo remodelé) y está muy bien equipado de tiendas, comederos y restaurantes. Mi estudio de arquitectura está a cuatro cuadras, con lo que he ganado entre hora y hora y media (para vivir) que antes empleaba en transporte. He vuelto a ser peatón. De mi casa o estudio, me toma sólo doce minutos llegar a El Colegio Nacional. Estoy en el centro,

de vuelta a la ciudad. En estos ocho años la he recuperado, he vuelto a vivir sus contradicciones, pero también su enorme vitalidad e intensidad. Me ha hecho consciente de una fatalidad que no se debe olvidar: la arquitectura dura más que la gente que la hace. Es uno de los bienes más duraderos de la cultura. Es una responsabilidad que me alienta y que me aterriza al mismo tiempo. Siento que nuestra tarea es crear imágenes urbanas duraderas en la memoria de los habitantes. Hay edificios que irradian emoción y crean «lugares» urbanos que van construyendo esa gran obra de arquitectura colectiva que es la ciudad.

Teodoro González de León



Museo de Sitio en Tajín.
Arq. Teodoro González
de León.
Foto: Pedro Hiriart.